

30 de septiembre de 2007

Entrevista / Alejandro Jodorowsky / 'Todo un arte desaparece'

Marcel Marceau 1923 – 2007

Auxilio Alcantar

PARÍS.- Con la muerte de Marcel Marceau se da también la desaparición de la pantomima y la pérdida de un hombre que se entregó completamente a su arte, asegura el escritor, cineasta y tarólogo Alejandro Jodorowsky, quien fue discípulo y compañero de escenario del mimo francés.

¿Cuál es su sentimiento ante la muerte de Marcel Marceau?

Es triste, es como si una parte de tu juventud se fuera con él. Y para mí es más triste todavía, porque con la desaparición de Marceau se da también la desaparición de la pantomima. Todo un arte desaparece.

Quienes no conocimos personalmente a Marceau, pero que vimos sus obras, imaginamos siempre a Bip. Usted, cuando piensa en él, ¿cómo lo ve?

Igual. Marceau fue siempre Marceau, se entregó completamente a su arte y ese es su gran mérito. Es como un violinista que se entrega a su violín. Para Marceau su violín era el cuerpo. Nunca andaba sin sus instrumentos. No había un gesto, no había nada que no fuera el mimo. Cuando uno lo conocía, él era igual que en sus fotos, igual que en los afiches. La peluca de Bip la tenía siempre puesta, porque era calvo. Tenía su peluca puesta y estaba siempre disfrazado de su personaje. Un personaje gentil, poético, de gestos finos, precisos.

El éxito de Marceau fue extraordinario en el extranjero, ¿y en Francia?

Marceau fue muy alabado en todo el mundo menos en Francia. No se puede decir que lo atacaron, pero no contó con el fervor popular que tuvo en otras naciones. No fue profeta en su tierra. En la escuela internacional de mimos le suspendieron el apoyo oficial. Es sólo ahora en el momento de su muerte que se le reconoce, tuvo que morir para que se reconociera en Francia.

¿Y esto lo sufría Marceau?

Esto le daba rabia. Rabia de no tener el éxito que tenía en Alemania, Japón, Italia, Rusia, Estados Unidos, América Latina, en todos lados donde iba. Él fue el maestro de Michael Jackson, por ejemplo, le enseñó el paso de la Luna. Era muy muy apreciado en el mundo y al llegar a Francia se le trataba como un cómico de Music Hall. ¡Qué pena! Yo lo vi llorar sentado en el lavatorio del camerino del Olympia porque se había presentado allí y no tuvo el éxito delirante que tenía en sus giras. "¡No es posible!", decía. Pero así son las cosas, ¿no?

¿Cuál es el sketch que más le gustó?

Un número corto que se llamaba Niñez, adolescencia, vejez y muerte. Me parecía extraordinario, el resumen de una vida en dos minutos, una vida entera. Era uno de sus grandes números. También me gustaba el del hombre que subía una escalera y avanzaba sin moverse; o bien, El cazador de mariposas, un hombre que caza mariposas; a la primera, que caza por crueldad, la mata; después se da cuenta de que la mató y sufre. Entonces caza una segunda mariposa y la libera. Realmente hermoso.

Hemos oído hablar mucho del Marceau que participó en la "resistencia", ¿sabe algo de esa etapa de su vida?

Lo único que sé es que Marceau se llamaba Marcel Mangelovsky, después lo cambió a Mangel y luego a Marceau. Sus padres eran judíos y fueron llevados a un campo de concentración donde desaparecieron, es decir, los mataron. Cuando perdió a sus padres, Marcel se ocultó, estuvo escondido y perdió la voz. Él deseaba ser actor y, al perder la voz, se vio obligado a ser mimo. Y se convirtió en un mimo genial.

Marceau el maestro

¿Usted llegó a París por Marceau?

Sí. En Chile, yo había hecho marionetas y mucho teatro tradicional y también había creado una compañía de teatro mudo.

Cuando llegó la película de Marcel Carné Los hijos del paraíso, descubrí la pantomima. Me enteré también de la existencia de Marceau como el gran genio de la pantomima, dejé todo en Chile y me vine a Francia para trabajar con él. Como había muy pocos mimos en el mundo, inmediatamente me tomó en su compañía y laboré cinco años con él; le hablo de 1953.

¿Y cómo se dio el primer contacto con Marceau?

Fue difícil, porque yo era muy conocido en Chile y, además, me creía un gran mimo. Cuando llegué a París, Marceau estaba dando una función en Nantes, fui con unos amigos y, mientras la miraba, iba poniendo notas de calificación, del uno al siete. Había muchos sietes, pero también uno que otro tres o un

cuatro. Marceau no se fijó en los sietes, pero sí en los números malos y le dio un ataque de furia. Me dijo que quizá en Chile me conocerían, pero que en París nadie me conocía, que cómo me atrevía a ponerle notas, y que, por favor, nunca más volviera.

Me fui, pero días después volví, porque supe que estaba dando unos cursos. Me presenté otra vez y le dije que no podía expulsarme porque había muy pocos mimos en el mundo. Le propuse que me sometiera a examen; delante de todos los alumnos lo hizo, me fue bien, me perdonó y me aceptó en la compañía.

Se quedó cinco años en esa compañía, ¿qué hacía?

La compañía se fue diluyendo poco a poco. Me quedé solo con él y un mimo anciano que se llamaba Pierre. Las giras se hacían con tres personas: Marceau, que daba su recital, y Pierre y yo, que le sosteníamos los letreros con el título de las pantomimas, en posiciones inmóviles. Un poco como esos mendigos que hoy vemos en las calles, inmóviles, con sus letreros en la mano. De cualquier manera, la gente nos aplaudía, pero éramos un numerito muy modesto. Marceau tenía un público enorme ya en esa época. Teatros de 5 mil ó 10 mil personas siempre llenos.

Usted creó para él varios sketches, ¿cuáles le vienen a la mente?

Inventé para él El fabricante de máscaras. Es la historia de un escultor que hace varias máscaras y se las pone una a una. Por fin se pone una máscara de risa, se le queda pegada el rostro y sufre enormemente para quitársela. Creé también La jaula. Un hombre está preso en una jaula de cristal y lucha por romperla, cuando por fin la abre y puede salir se encuentra en una jaula mayor.

Otro que me viene a la mente es El devorador de corazones: Un hombre necesita comer corazones para vivir. Hasta que al final toma el corazón de un niño y al comérselo su alma cambia, sufre mucho y él mismo le entrega su corazón al niño.

¿Y qué decía Marceau cuando le entregaba ese material?, ¿eran scripts?

No. Nos íbamos a un rincón del teatro y hablábamos. Yo había imaginado la idea, se la narraba y le hacía demostraciones con pantomima. Eran por ejemplo las cuatro de la tarde y, a las ocho, Marceau era capaz de improvisar, de representarla de manera perfecta, delante de un público enorme. Yo era buen mimo, pero no genial. Marceau era un genio. Su genialidad era tan grande que atraía multitudes. Era el más grande y el último mimo que tendremos de ese calibre.

Usted, como hombre de teatro, ¿qué es lo que más admiraba en él?

Él tenía su propia proyección teatral, su elegancia, tenía sensibilidad y fineza. Además, era ambidiestro, movía las dos manos con igual pericia. Era un cuerpo para expresar emociones, dominio del espacio, comicidad. Había

incorporado toda la comicidad de Chaplin, era ingenuo, era como un niño. Lo que yo hice fue darle pantomimas más metafísicas, con eso él enriqueció el lado infantil que tenía. Marceau transmitía todo tipo de sensaciones de una manera muy estilizada. Cuando fuimos a Japón, lo declararon tesoro nacional y creador de fantasmas. Los japoneses lo adoraban.

¿En algunos momentos trabajaban juntos en la escritura o en la idea?

No. Yo le daba todo. Le mimaba la pantomima, se la contaba y él agarraba todo inmediatamente. No cualquier escritor podía crear cosas para él, porque la pantomima es algo muy visual. Se necesita una persona que conozca la técnica de la pantomima para poder escribir pantomima, y yo la conocía perfectamente. Él iba a verme cuando necesitaba renovar su programa, me pedía dos o tres pantomimas. Yo, antes de presentárselas, las registraba, porque si no se le olvidaba que era mía.

¿Sabe cómo nació su personaje fetiche Bip?

Parece ser que Marceau leía un libro de Dickens que se llamaba PIB, y jugando con el nombre le llamó Bip. Pero pienso que Marceau descubrió que Charles Chaplin se hizo famoso cuando creó el personaje de Charlot. Imagino que él se dijo: "Sólo podré triunfar si creo un personaje". Su escuela y su padre espiritual era Chaplin, así creó Bip, que era una adaptación a la pantomima de Chaplin. Claro que Chaplin tenía un espíritu más político-social y Marceau era más niño, más romántico, más infantil.

Marceau creó la primera troupe de mimos en el mundo. ¿Usted actuó durante esa etapa?

Con la troupe trabajé en El abrigo, de Gogol, la historia de un pobre hombre que consigue dinero y dinero, hasta que se hace un abrigo lujosísimo. Sin embargo, cuando sale a pavonearse por las calles, lo asaltan y le roban el abrigo.

Pero, como le decía, era difícil el trabajo de la troupe. Difícil conseguir mimos, y no porque no hubiera buenos mimos, sino porque todos estaban celosos de Marceau, porque todo giraba en torno a él. Las muchachas eran difíciles y Marceau ponía siempre a su esposa a actuar, los otros decían que no valía la pena. Sufrí mucho en esa compañía. Y él también sufrió, porque se daba cuenta de que la gente iba a verlo sólo a él. Salvo el número del abrigo, los otros sketches no funcionaron bien, la gente quería ver a Marceau. Él se veía obligado, en la primera parte, a hacer un gran recital individual que tenía siempre gran éxito y, luego, imponía a sus alumnos.

Marceau creó también la primera escuela internacional de mimos, ¿por qué era importante crearla?

Mucha gente se había ilusionado con la pantomima, gracias a la película Los hijos del paraíso, que era la historia de la pantomima. Entonces... ¿dónde estudiar? Había necesidad de crear una escuela. La escuela se formó y

todos queríamos ir a aprender con Marcel Marceau. Llegaron alumnos de todo el mundo. Él se preocupaba y me decía: "Estoy haciendo una escuela de cesantes; porque cuando se reciban, ¿en dónde van a actuar? En el teatro no los quieren porque no hablan. ¡Los van usar para hacer publicidad comercial en la tele!, metidos dentro de un loro, un perro haciendo mímica. ¿O van a salir a la calle a mendigar?". Y era cierto, no había cabida en el teatro para los mimos. ¡Excepto para Marceau, que era un mimo genial!

Periodista cultural